

Nit de las Religions de Barcelona – Parròquia de Sant Ignasi de Loiola.  
Barrio de la Sagrada Familia, Barcelona. 17 de septiembre de 2016.

## ¿Qué significa Lutero para nuestra sociedad donde Dios es prescindible?

Dr. Víctor Hernández Ramírez\*

El margen por el que aquí camina Lutero es estrecho; seguirle significa ser guiado a una vida entre Dios y el diablo, problema vital de su teología, donde Escritura, gracia y fe se afirman y se explican mutuamente en su correspondiente validez exclusiva.

Heiko A. Oberman<sup>1</sup>

### Lutero en un mundo desencantado

En un libro reciente, *Martín Lutero. Una perspectiva ecuménica*<sup>2</sup>, el cardenal Walter Kasper dice que Lutero y su mensaje, para nosotros hoy día, son algo extemporáneo, bastante lejano y, en definitiva, algo muy extraño. Kasper habla de una lejanía de Lutero para nosotros y, aunque él no lo plantea así, esa lejanía o extrañeza de Lutero es también la del mensaje cristiano en la actualidad, en una era secular como la nuestra.

Para nosotros, incluso para muchos cristianos practicantes, tiene poco o ningún valor la creencia en el purgatorio, el ejercicio de la penitencia o la cuestión sobre la capacidad humana para acceder a Dios. Y si esto resulta importante para algunos, está siempre rodeado de todo tipo de cuestionamientos. Pero en los tiempos de Lutero esto no era así. La gente no sólo creía en el Purgatorio, sino que lo temía, y estaba dispuesta a sacrificar muchas cosas para liberarse de la condenación eterna y para ayudar a sus familiares difuntos a salir de los padecimientos en ese lugar.

---

\* Licenciado en teología. Pastor de l'Església Evangèlica de Catalunya (IEE), en la comunidad de Betlem. Doctor en psicología. Psicoterapeuta y Psicoanalista en práctica privada. Telf. +34 628 665 003. Travessera de Gràcia 45, 5º - 1ª, 08021 Barcelona (Spain). E-mail: [victor@drvictorh.com](mailto:victor@drvictorh.com)

<sup>1</sup> Cf. Heiko A. Oberman, *Lutero. Un hombre entre Dios y el diablo*, Madrid: Alianza, 1992, p. 273.

<sup>2</sup> Walter Kasper, *Martín Lutero. Una perspectiva ecuménica*, Sal Terrae: Maliaño (Cantabria), 2016.

Hoy día, en plena modernidad (o posmodernidad) esto nos puede parecer una superstición, pero nos olvidamos que las creencias religiosas están ligadas a su contexto y eso les da inteligibilidad. Os recomiendo leer un librito<sup>3</sup> del historiador Jacques Le Goff, gran medievalista, donde nos muestra que el Purgatorio apareció en el siglo XIII, como una respuesta a la necesidad de banqueros en una sociedad que estaba cambiando hacia la mercantilización y que requería de dinero líquido. En ese entonces la usura se volvió un gran negocio, pero la cuestión es que la usura era considerada “un pecado”<sup>4</sup> y esto suponía una disyuntiva: si el usurero escogía ganar dinero con sus préstamos, es decir escogía “la bolsa”, entonces perdía la vida eterna. Y al revés, si escogía la vida, que representaba arrepentirse con sinceridad y hacer penitencia, es decir devolver el dinero ganado con intereses, entonces perdía la bolsa. Pero el usurero quería ambas cosas, y la sociedad que se transformaba en sus prácticas económicas también necesitaba al usurero, entonces el Purgatorio apareció como la gran solución: se podía tener el dinero y la vida, ambas cosas. Es decir, se podía hacer algo que evitaba la mera penitencia, gracias al uso de otros medios (Purgatorio, indulgencias, Jubileos, leyendas sobre difuntos que salían del purgatorio, etc.) que permitían la práctica de la usura y la salvación del alma del usurero. Si se piensa con cuidado, el Purgatorio tuvo una función muy importante en el origen del sistema bancario.

Este mundo medieval es lo que hoy llamamos un mundo encantado, como decimos a partir de Max Weber, puesto que nosotros vivimos en un mundo desencantado, donde los demonios y los espíritus ya no afectan nuestra vida práctica y tampoco Dios forma parte necesaria de las creencias y prácticas de toda la gente.

Lutero se ubica entre ese mundo medieval y el mundo moderno. Con todo, nosotros vemos como algo muy lejano aquello que caracterizó su lucha. Por eso, vale la pena volver a relatar el inicio de todo.

---

<sup>3</sup> Jacques Le Goff, *La bolsa y la vida. Economía y religión en la Edad Media*, Barcelona: Gedisa, 1987. Cf. también, *El nacimiento del purgatorio*, Madrid: Taurus, 1981.

<sup>4</sup> En la Edad Media tuvieron mucho prestigio las prohibiciones bíblicas sobre la usura: Éxodo 22: 25; Levítico 25: 35–37; Deuteronomio 23: 19–20; Ezequiel 18: 13; Lucas 6: 34–35. Cf. Le Goff, *La bolsa y la vida*, op. cit., pp. 29 – 34.

Como sabéis, la víspera de la fiesta de Todos los Santos, el 31 de octubre de 1517, el monje agustino Martín Lutero, según una costumbre universitaria, clavó su 95 tesis escritas en latín, en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg. Lutero conoció en el confesionario lo que la gente le contaba al volver de la región de Branderburgo, para adquirir indulgencias del predicador Johannes Tetzel:

“Sacerdote, noble, comerciante, mujer, doncella, casada, muchacho, anciano, acude a tu iglesia [...] Deberías saber que quien se ha confesado y está contrito y deposita limosnas en el cepillo, como le aconseja su confesor, recibirá el perdón completo de todos sus pecados y que, además [...] conseguirá una indulgencia igual que si hubiera visitado en la iglesia de San Pedro aquellos siete altares en los que otorga una indulgencia plenaria [...] ¿No oís la voz de vuestros padres y de otros difuntos que os gritan y dicen: «Apiadaos, apiadaos de mí [...] Estamos en medio de duros castigos y sufrimientos, de los que con unas pocas limosnas podéis librarnos y, sin embargo, no queréis hacerlo.» Abrid vuestros oídos, pues el padre clama a su hijo y la madre a su hija.”<sup>5</sup>

Como veis, para nuestros oídos este discurso suena muy lejano, no sólo porque hoy día es bastante común la crítica acerba hacia las prácticas religiosas, sino porque no existe ese sentimiento de deuda hacia los difuntos que se pudiera saldar con un instrumento como la indulgencia.

Pero a Lutero le impactó tan negativamente la enseñanza de Tetzel que respondió con sus famosas 95 tesis, en las que afirma claramente que toda la vida del creyente es (debería ser) penitencia. Y afirma también que “cualquier verdadero cristiano participa también, aún sin bulas de indulgencias, del tesoro de la iglesia” (tesis 37) y “este tesoro es el Evangelio de la gloria y la gracia de Dios” (tesis 62).

Alguien ha dicho que Lutero inició una crítica radical semejante a la que se expresa en la teología de la liberación, que reflexiona sobre la fe cristiana desde la experiencia del pobre. Ciertamente, el inicio no intencional de la

---

<sup>5</sup> Cf. Heiko A. Oberman, *Lutero...*, op. cit., pp. 228–230.

Reforma de Lutero se originó con una preocupación pastoral hacia los creyentes que ponían su ilusión en las indulgencias y perdían allí su dinero, a fin de liberar a sus familiares.

Pero eso era antaño. ¿Quién cree realmente hoy en día en la necesidad de una salvación para el más allá? Como decía un profesor alemán, en una conferencia sobre Lutero en la Universidad de Salamanca:

[Lutero] experimenta[ba] de modo inmediato la realidad de Dios, la cólera de Dios que mata, la gracia divina que hace que el hombre viva, y también al demonio [...] Lo que importaba a Lutero era la salvación, [por contraste] nuestra causa es la felicidad.<sup>6</sup>

Para nosotros, lo que importa es la felicidad. E incluso en el caso de las experiencias religiosas, el acento está en la subjetividad, en lo que “uno siente” con respecto a una supuesta presencia de Dios, o como lo dice Josep Cobo:

Para el creyente de antes, lo inmediato era la presencia de Dios. Para el individuo de hoy en día, lo inmediato es el *sentimiento* de esa presencia, siendo la realidad de la presencia algo meramente *supuesto* para explicar dicho sentimiento. Para el individuo moderno Dios solo *parece* estar presente.<sup>7</sup>

### **¿Cómo se desencantó el mundo después de Lutero?**

Esta dimensión experiencial se halla, con todo, encerrada en una subjetividad individual, en un yo que puede ser muy grande, un espacio muy amplio, pero que siempre se cierra en sí mismo, puesto que todo comienza y termina en la subjetividad humana cuando se trata de hablar de experiencias espirituales: el “yo pienso” (*Cogito ergo sum*) ha devenido en el “yo siento” o incluso en el “yo creo” (o “yo creo que creo”) de la subjetividad moderna, pero en todo caso se trata siempre de un yo soberano, es decir que en las formas contemporáneas

---

<sup>6</sup> Thomas Nipperdey (profesor de historia en la Universidad de Munich), “Lutero y el mundo moderno” en *Martín Lutero (1483 – 1983)*, Jornadas Hispano – Alemanas sobre la personalidad y la obra de Martín Lutero en el V centenario de su nacimiento. Salamanca, 9 – 12 de noviembre de 1983, Dieter Koniecki y Juan Manuel Almarza-Meñica, Madrid: Fundación Friedrich Ebert, 1984, p. 69.

<sup>7</sup> Josep Cobo, “el desafío de la Modernidad y la catequesis cristiana”, del blog *La modificación*, entrada del 13 de marzo de 2013, enlace: <https://kobinski.wordpress.com/2013/03/13/el-desafio-de-la-modernidad-y-la-catequesis-cristiana/>

de las creencias religiosas, siempre nos hallamos ante la supremacía de lo subjetivo: el “yo es principio y fundamento”.

Esto lo vemos claramente en las espiritualidades que consideran que Dios puede ser una energía o una fuerza, o algo que se puede experimentar en la totalidad de las cosas que nos rodean. Y aunque en algunas de éstas espiritualidades se habla de la disolución del yo, como por ejemplo en el budismo, la medida práctica de esa experiencia es el mismo yo. En esta manera de comprender la experiencia espiritual subyace la idea de que en el ser humano habita una chispa divina, una capacidad innata para el bien, o una voluntad que libremente se encamina hacia lo sublime.

Todo esto sería inaceptable para Lutero, quien debatió contra Erasmo de Rotterdam, el gran humanista, en contra de la idea del libre albedrío. Para nuestra sensibilidad moderna, Lutero nos parece muy lejano cuando dice cosas como esta: “afirmo constantemente, y así lo hago hasta el día de hoy, que el libre albedrío es una nada y una cosa que existe sólo de nombre”; y citando a Pablo, Lutero dice que “el libre albedrío, o ‘lo más excelente’ en los hombres, es impío, injusto y merecedor de la ira de Dios, por más que estuvieran dotados de las cosas más sublimes”<sup>8</sup>.

Esto que dice Lutero difícilmente se puede sostener en nuestra sociedad, porque no sólo consideramos que la libertad es un derecho, sino que es una condición de la vida cotidiana, así como podemos elegir qué producto comprar en el súper, también podemos elegir pareja, qué estudiar o dónde vivir. Y, entonces, nos parece que lo mismo se aplica a Dios. Pero Lutero nos diría, como le dijo a Erasmo, que *de hecho no somos libres y que tan sólo Dios nos hace libres por medio de la verdad revelada en la cruz de Cristo*<sup>9</sup>.

¿Cómo se desencantó el mundo después de Lutero? Esta misma pregunta se la hace Charles Taylor en su libro *La era secular* y se lo plantea de éste modo: ¿por qué en Europa era imposible no creer en Dios en el año 1500 y en el siglo

---

<sup>8</sup> Cf. *Obras de Martín Lutero*, De servo arbitrio (La voluntad determinada), en alemán se tituló “El libre albedrío es una nada”, 1525, edición digital de la Iglesia Luterana Unida en Argentina y Uruguay, p. 265 y 268, enlace:

[https://elteologillo.files.wordpress.com/2013/06/la\\_voluntad\\_determinada.pdf](https://elteologillo.files.wordpress.com/2013/06/la_voluntad_determinada.pdf)

<sup>9</sup> Es bien conocida la metáfora de Lutero, que afirma que el ser humano es un caballo cuya orientación e impulso proviene de quien lo monta, sea Dios o Satanás.

21, para mucha gente no es fácil creer o incluso es inevitable la incredulidad?<sup>10</sup> Sabemos que se conjugaron diversos elementos a lo largo de estos 500 años, como el humanismo, el desarrollo autónomo de las ciencias, las formas de gobierno basadas en la disciplina de las poblaciones, la colonización de América y la aparición de un sistema de economía mundial, el auge de una visión mecanicista del mundo, etc.

Charles Taylor, filósofo canadiense, sostiene que la condición secular de la modernidad hunde sus raíces en el mismo cristianismo y, en especial, en el movimiento de la Reforma protestante (y su contraparte en la iglesia católica: la contra-Reforma). Dice Taylor que el individualismo moderno, y la secularidad, le deben mucho a la voluntad protestante de establecer una vida ordenada y practicar la devoción religiosa en ejercicios o disciplinas individuales que buscaban que cada creyente sea un practicante cristiano al 100%.

En otras palabras, el cristianismo moderno, a partir de Lutero, produce un nuevo orden moral que encaja en este mundo cerrado en sí mismo<sup>11</sup>, donde la creencia queda encerrada en la bóveda del yo individual: entonces, en este nuevo orden social (el nuestro), Dios sólo puede ser una entidad abstracta<sup>12</sup> o no existe<sup>13</sup>.

El ateísmo moderno es hijo del cristianismo, para decirlo claramente. Tal vez un hijo bastardo, pero un hijo al fin. Pero, en cierto modo, también el agnosticismo, la increencia y la pluralidad de creencias son hijos (quizás no deseados) de la fe cristiana.

### **La extrañeza no es de Lutero, sino de la fe cristiana**

En el librito que mencioné, el cardenal Walter Kasper señala la actualidad que Lutero podría tener para el diálogo ecuménico entre católicos y protestantes, sobre todo de cara a la celebración de los 500 años del inicio de la Reforma

---

<sup>10</sup> Charles Taylor, *La era secular*, tomo I, Barcelona: Gedisa, 2014, p. 55 ss.

<sup>11</sup> Charles Taylor, *La era secular*, tomo II, Barcelona: Gedisa, 2015, p. 745.

<sup>12</sup> Sería el Dios de los filósofos, según Pascal.

<sup>13</sup> Si se le confronta con la realidad del mal, el problema de la teodicea, el Dios de la Teodicea se derrumba.

protestante: la conmemoración dará comienzo de modo “oficial” con un acto ecuménico en Lund, Suecia, en el que participará también el papa Francisco<sup>14</sup>.

A mí me gustaría tomar ese adjetivo que Kasper atribuye a Lutero, de ser tan ajeno a nosotros, y proponer que la extrañeza no viene de Lutero, sino de la misma fe cristiana. Es decir, para nosotros nada hay más lejano y extraño que el mensaje del evangelio.

Esto quizá se advierte bien en la respuesta que Lutero le dio a Erasmo de Rotterdam en *De Servo Arbitrio* (“El libre albedrío es una nada”, su título en alemán), publicado en 1525, donde Lutero se ensaña contra el gran humanista, haciendo un largo recorrido por los textos bíblicos del Antiguo y Nuevo testamento, para mostrarle que la libertad del ser humano no existe y, que más bien, se trata de un invento del demonio, precisamente porque el mensaje del evangelio dice otra cosa.

Lutero no sólo argumenta contra la supuesta libertad que tenemos, sino que además considera que todo esto ocurre en una lucha sin cuartel contra el diablo, quien es el Príncipe de éste mundo. A nosotros esto nos parece medieval, con toda la carga negativa que atribuimos a lo medieval desde nuestras luces modernas o posmodernas. Y aunque Lutero pueda participar del miedo cotidiano que se tenía en el siglo XVI con respecto a los demonios, en realidad Lutero va mucho más allá, pues dice que nosotros somos una cabalgura cuya orientación y fuerza, si no provienen de Dios, entonces proviene de Satanás, quien nos monta y conduce<sup>15</sup>.

No me parece que a nadie aquí le gustaría escuchar este mensaje: que somos un jumento, además cojo, que es montado y dirigido por el demonio. Es más, vivimos en una época donde el diablo ya no existe. Y si existe, es en ámbitos de ficción, como la película *El exorcista*.<sup>16</sup>

---

<sup>14</sup> Cf. noticia:

<https://press.vatican.va/content/salastampa/es/bollettino/pubblico/2016/06/01/reforma.html>

<sup>15</sup> Cf. *De Servo Arbitrio*, op. cit., p. 193 ss.

<sup>16</sup> El diablo también existe en los espacios carismáticos de los cultos evangélicos, donde el diablo está presente en el discurso y los rituales (predicaciones y liberaciones de demonios), pero cuando la gente, y los pastores, salen de ese ámbito, viven la misma vida habitual que todos: “como si el diablo no existiera”.

Aquí tal vez sea interesante recordar la famosa frase de Charles Baudelaire de que la gran jugada del diablo ha sido convencernos de que no existe. Lo que el poeta señala, entonces, es que el mal no tiene que mostrarse con el rostro de la monstruosidad, sino que el diablo ejerce su poder precisamente desde la misma vida que llamamos normal o natural: ¿cómo podemos dormir tranquilamente cuando se ahogan cientos de personas, incluyendo niños, escapando de la guerra y buscando salvarse en las tierras europeas? ¿Cómo podemos llevar nuestra vida normal, e incluso una vida feliz, cuando hay niños desnutridos, es decir, estómagos con hambre, también en los barrios de la hermosa ciudad de Barcelona?

O como lo dice Josep Cobo:

¿Cómo podemos vivir en paz? ¿Cómo es posible que seamos, a veces, tan felices? Sencillo: porque el pobre vive *extra-muros*. Otro gallo cantaría, si el inmigrante, el niño de la calle, el parado de larga duración, la madre soltera..., llamasen a nuestra puerta. El espectáculo de los medios, con sus reportajes sobre la guerra de Siria o las hambrunas del Sudán, cumple así una función *salvífica*: nos permiten seguir creyendo que somos sensibles a la catástrofe humana, sin tener que pagar el precio de la responsabilidad.<sup>17</sup>

Y entonces, aunque el diablo no exista, tal como decimos, su poder puede muy bien expresarse en la gran dificultad que tenemos, o más bien en la imposibilidad diría Lutero, de que podamos ver más allá de nosotros mismos (Lutero diría, que somos ese hombre encorvado sobre sí mismo). Nuestro sometimiento al diablo, entonces, consiste en que no podemos salir del círculo de nuestro ombligo. El otro no existe para nosotros, no hay alteridad verdadera, porque nos resulta extraña, ajena, muy lejana. Nosotros lo que buscamos es la felicidad, no la salvación.

---

<sup>17</sup> Blog *La modificación*, entrada "Vivir en paz" del 24 de julio de 2016, enlace: <https://kobinski.wordpress.com/2016/07/24/vivir-en-paz/>



### **Lutero recupera ese mensaje extraño: el evangelio de la cruz de Cristo**

Entonces, diría que Lutero recuperó el evangelio para su tiempo, pero si miramos más allá de la contingencia histórica de su vida o de los efectos del movimiento que suscitó, Lutero recupera también para nosotros ese mensaje del evangelio de la cruz de Cristo, pero sin quitarle su extrañeza, su carácter ajeno (para Lutero, el evangelio será siempre la “palabra ajena”).

Ya desde la disputa con las indulgencias Lutero señaló que “El verdadero tesoro de la iglesia es el Evangelio de la gloria y de la gracia de Dios” (tesis 62), pero también señaló que el Evangelio es odiado hasta el extremo porque “hace de los primeros los últimos” (Tesis 63 [Marcos 9:35; Mateo 20:16]).

Entonces advertimos que lo que conmocionó la vida de Lutero fue el descubrimiento del mensaje de la cruz: en el hombre que cuelga de la cruz está Dios y la resurrección de Cristo es la promesa misma de que los muertos resucitarán para que todos seamos juzgados. Aquí es donde los cristianos nos equivocamos cuando suponemos dos cosas: que esto va de mi vida en el más allá y que esto de la resurrección es sólo una metáfora animarnos en la vida de aquí.

Y nos equivocamos porque hemos perdido el contexto apocalíptico de la resurrección: tiene que haber resurrección para que los pobres, las víctimas de la injusticia, los olvidados, la escoria del mundo, los perdedores de la historia, puedan encontrarse con sus verdugos y que Dios les haga justicia.

Pero ¿por qué el mensaje del evangelio es difícil, por no decir que imposible de tragar? Pues porque ese mensaje tampoco permite tener una religión decente, donde contemos con un Dios que sea una divinidad apropiada, pues el evangelio de la cruz habla de un Dios que deja de ser Dios para que el pecador se pueda salvar. Esto es lo mismo que Nietzsche reconoció en el mensaje cristiano como el Dios que murió en la cruz. Y en esta parte lleva razón, como también lo dice Lutero “Tú dices, al hablar de Cristo: Esta persona sufre y

muere; ahora bien, esta persona es verdaderamente Dios” y también en otras partes Lutero llega incluso a hablar de la muerte de Dios<sup>18</sup>.

Ahora bien, si para Nietzsche la muerte de Dios es la carencia de sentido o incluso de la moralidad, y nos quedamos en un mundo donde el fuerte se impondrá siempre sobre el débil, para la fe cristiana esa muerte en la cruz, al resurrección de ese crucificado, es la voluntad de salvación de Dios para que todos los pecadores puedan vivir.

Por supuesto, para nosotros es problemática esa palabra: pecado, pecadores. Nosotros preferimos hablar de la “debilidad” o de “falta de solidaridad”, pero el lenguaje bíblico habla de pecado. También Lutero dice que somos pecadores. La noción de pecado es un lenguaje extraño para nosotros. Pero erramos si creemos que se refiere a desviaciones sexuales, comportamientos transgresores o malas costumbres, que quizás también. El pecado bíblico consiste en vivir de espaldas a Dios, en ignorar la exigencia de Dios de que nos hagamos responsables del hambriento, de la viuda, del inmigrante, del huérfano.

El pecado es la desmesura de nuestra vida ordenada y civilizada que se encierra en su búsqueda de felicidad a costa del olvido de la escoria del mundo: quienes en verdad son “lo otro”.

Pero el pecado, según lo revela el evangelio de la cruz, no es solamente una voluntad auto centrada o narcisista, ni sólo una mala voluntad, sino que es también un poder bajo el que nos hallamos sometidos. Por eso Lutero decía que si Dios no es el jinete, quien nos monta y nos conduce es el demonio.

Nosotros responderíamos que no. Que somos libres, y que no somos hijos del diablo. Pero de eso mismo acusó Jesús a quienes querían creer en él, pero no querían someterse excesivamente a su demanda, les dijo que entonces se hallaban bajo el poder de la mentira, del padre de la mentira (Juan 8: 31 – 47).

Esto es lo que Lutero vivió y trató de expresar en sus escritos, lo que encontró y de lo que quiso dar testimonio para nosotros y que él llama el Evangelio: que

---

<sup>18</sup> Cf. Eberhard Jüngel, *El evangelio de la justificación del impío como centro de la fe cristiana. Estudio teológico en perspectiva ecuménica*, Salamanca: Sígueme, 2003, pp. 186–187.

él no halló a Dios, que no aportó nada a su vida espiritual, sino que fue hallado por Dios en la cruz de Cristo, por medio de su Palabra. Bajo la experiencia de la gracia, es decir al mirar la humillación de Dios colgado en el madero, y al comprender que allí estaba él como un impío justificado, entonces comprendió por qué somos pecadores y cómo es que sólo Dios puede salvar al ser humano del poder de Satanás y del poder de la muerte.

### **¿Creer como Lutero o creer que creemos?**

Fácilmente se podría decir que no podemos creer como creía Lutero. En parte porque su época no es la nuestra, y también porque ya ha pasado mucha agua por estos molinos. Pero también porque Lutero resulta excesivo, desmesurado y nosotros diríamos que “no hay pa’ tanto”, que se pueden contemporizar muchas cosas. Que podemos creer de un modo más actual y que simplemente tenemos otro lenguaje pero que hablamos de lo mismo.

Pero quizá no la cuestión no sea Lutero en sí mismo (y él nos diría que no le importa nuestro juicio, pues bajo la gracia sabe que su único juez será Dios), sino la cuestión sobre si podemos creer en verdad.

Porque según el lenguaje bíblico, esas Escrituras en las que Lutero halló la revelación de la gracia de Dios, el creyente es quien cae de rodillas ante Dios y se somete a su demanda, a la exigencia de Dios para hacerse responsable de “su hermano”. Claro, la Biblia define como hermano a ese extraño que se nos aparece como lo más distante o lo más ajeno: el publicano, las prostitutas, los pecadores, los pobres. Pero un creyente no diría que está haciendo el bien o que es solidario con los necesitados, sino que se confesaría como un simple pecador (tampoco se dará ínfulas de ser el “gran pecador”) que intenta responder a la voluntad de Dios, a su mandato de amar al enemigo. Y, entonces, un creyente es quien se pone en manos de los “sin Dios”, porque cree en un Dios que se puso en manos de los pecadores para redimirlos.

Por supuesto, siempre podemos “creer que creemos”. Sin exagerar las cosas. Participar de un poco de la religión o de las búsquedas espirituales que “algo de bien hacen” y seguir con nuestra vida como toca. Porque lo que nos traemos entre manos discurre más o menos así: hacemos la colada, nos

abrazamos, llevamos al parque a nuestros hijos, cuadramos las cuentas, nos comemos un bocadillo... y quizá sólo cuando entramos a un tanatorio, sea compungidos por el duelo o por compromiso, se nos cruza por la mente la pregunta respecto a “de qué va todo esto”.

Pero se nos pasa. Y eso de la vida en el más allá es una disquisición que tampoco nos atormenta ni a católicos ni evangélicos (como sí atormentaba a los que se confesaban con Lutero y compraban indulgencias). Sin embargo, la palabra ajena, tal como Lutero denomina al Evangelio, anuncia que todo esto va de lo que se revela en el crucificado:

Si creemos que Cristo redimió a los hombres por medio de su sangre, no podemos menos que reconocer que el hombre entero estaba perdido.<sup>19</sup>

Esto es lo que no se puede tragar desde la confianza en nosotros, es decir desde la confianza en nuestras posibilidades. Es por eso que el evangelio llama bienaventurados a los pequeños y a los pobres, porque sólo desde la desesperación se puede desear el final de los tiempos y la esperanza de una reivindicación.

Tal vez por ello sea tan cierto lo que dice Pere Casaldàliga, de que sólo gracias a los pobres el tiempo se hace cristiano y la esperanza esperanzada. Muchas gracias.

---

<sup>19</sup> Cf. *De Servo Arbitrio*, op. cit., p. 317.